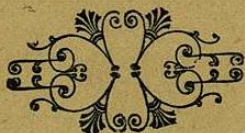


— ¿Quién es? preguntó la voz de un hombre.  
 — Amigos que vienen á rezar por los muertos y á regocijarse con los vivos respondió Perico.  
 Y entramos en la casa.

Guiados por la linterna del hombre que hacía de portero, atravesamos el vestíbulo y entramos en un patio interior. Aquel hombre indicó al lepero una anilla clavada en la pared: até allí la brida de mi caballo.

Subimos unos veinte escalones y entré, precedido de Perico, en una pieza bastante bien alumbrada. Iba á saber lo que era un velorio.



## III

## El velorio

LA reunión que allí encontré ofrecía un aspecto de los más extraños. Unos veinte individuos del pueblo bajo, entre hombres y mujeres, estaban sentados formando círculo; todos á la vez hablaban, gritaban y gesticulaban.

Un olor fétido llenaba la sala, á pesar de que algo podían atenuarle el humo de los cigarros y los vapores del vino y del *chiriguirito* (aguardiente de caña). En un ángulo de la sala había una mesa llena de provisiones de todas clases, y de tazas, vasos y botellas. Algo más lejos había otra mesa destinada al juego y rodeada de jugadores, que se disputaban algunos montones de monedas de cobre con toda la excitación producida por los licores.

Era un principio de orgía que, con el triple aliciente del vino, las mujeres y el juego, tenía trazas de llegar al mayor escándalo. Pero lo que más me chocó fué precisamente el objeto principal de aquello, y el que menos llamaba la atención de los concurrentes:

el cadáver de un niño de unos seis años, que yacía sobre otra mesa. Su frente, cubierta de flores marchitas por el calor de una atmósfera sofocante, sus ojos vidriosos y sus mejillas flacas y llenas de manchas violáceas, no solo causaban impresión dolorosa, sino que revelaban que dormía el sueño eterno ya hacía varios días. De manera que las flores y las alhajas que le adornaban, lejos de quitar á la muerte su lúgubre solemnidad la volvían más repugnante.

Siguió á nuestra entrada un silencio general. Levantóse, para recibirnos, un hombre que era el padre del niño y, radiante de satisfacción, nos enseñó con cierto orgullo los numerosos huéspedes reunidos para celebrar con él la muerte de su hijo, considerada como un favor del cielo, puesto que Dios le había llamado á sí á la edad de la inocencia.

Ofreciéonos su casa, diciendo que, en semejante día, los desconocidos eran para él amigos.

Gracias á la locuacidad de Perico era yo el blanco de todas las miradas: me había presentado el lepero con un papel muy difícil de sostener, diciendo que era imposible encontrar un hombre que matase las gentes con más gracia que yo. Apresuréme á esconder mis guantes.

—¿Que piensa Vd. del albergue que le he buscado? me preguntó Perico frotándose las manos. No es este mucho mejor que el que hubiera podido ofrecerle yo? Ahora sabrá Vd. lo que es un velorio: un recurso en las noches de tristeza ó de ocio. Gracias á mí adquiriré Vd. títulos á la gratitud eterna de este digno padre de familia, cuyo hijo, muerto antes de llegar á los siete años, es un angel del cielo.

Y Zaragata, ansioso de asegurarse la parte que él buscaba en la gratitud, se apoderó con la mayor franqueza de un vaso de aguardiente, que vació de un trago. Presenciaba por primera vez en mi vida esa bárbara costumbre que obliga á un padre de familia

á ahogar sus lágrimas, á disimular sus angustias bajo un rostro aparentemente risueño, á hacer los honores de la casa al primer vagabundo que, advertido por un sereno, va á saciarse de manjares y de vino ante el cadáver de su hijo, y á participar de la esplendidez que con frecuencia condena al día siguiente á toda una familia á la miseria.

Apenas la orgía, momentáneamente interrumpida, volvió á seguir su ruidoso curso, me calmé un poco, y dirigí en torno mio escudriñadora mirada. En medio del círculo de esas mujeres entrometidas, que no faltan nunca á tales veladas, descubrí una frente pálida, y una boca que se esforzaba en reír, á pesar de que sus ojos estaban llenos de lágrimas. En esa víctima creí encontrar la madre para quien el angel que había subido al cielo no reemplazaba á aquel que en la tierra echaba de menos. Las comadres apiñadas en torno de ella parecían competir en la tarea de aumentar su aflicción con las más inconvenientes necedades.

Los vasos de vino y los cigarrillos se agotaban rápidamente, y luego con los juegos de naipes alternaron otros peculiares á la América Española, en tanto que los niños de aquellas mujeres, rendidos de cansancio, dormían por el suelo en todos los rincones de la sala, como si envidiasen el reposo de aquél cuya pálida frente protestaba, bajo sus flores marchitas, contra aquella odiosa profanación de la muerte.

Retirado en el hueco de una de las ventanas quedaban á la calle, seguía yo con inquietud los movimientos de Perico, temiendo que la protección que me había impuesto por sorpresa encubriese alguna emboscada. Y quizás mi semblante revelaría mis recelos, cuando él se aproximó á decirme:

—Mire Vd., caballero: matar á un hombre es como otra cosa cualquiera: solo cuesta el primer paso. ¡Bah! ¿Quién sabe si aquel sereno será como el inglés, á quien herí, y que goza actualmente de perfecta salud?

¡Tienen la vida tan dura esos herejes! ¡Ay! caballero, toda mi vida he sentido no ser hereje.

—¿Para tener la vida dura?

—No señor: para hacerme pagar toda mi abjuración.

—¿Pero que ha sido del caballero que Vd. debía matar? pregunté pensando en el joven á quién había visto arrodillado ante el depósito de cadáveres.

Perico meneó la cabeza al contestar:

—Acaso le cueste mañana la vida su loca pasión, y su amada no le sobreviva. En cuanto á mí no he querido sacrificar dos víctimas á la vez, y he renunciado á ese negocio.

Trató enseguida de aprovecharse de la impresión que me causaba su respuesta.

—Nadie expone su alma de esa manera por poco dinero. Pero, á propósito, me parece que estoy de suerte y que el bolsillo de Vd. todavía estará repleto. Si desbanco á los que tallan ofrezco partir con Vd. los beneficios.

No era prudente negarse á la nueva petición, y como además el juego podría libramme un buen rato de una compañía importuna, puse algunos pesos en la mano de Perico.

Dieron las doce casi al mismo tiempo, y uno de los concurrentes se levantó, diciendo con voz solemne:

—Es la hora de las almas que penan: recemos.

Los jugadores se levantaron, suspendiéronse las charlas y todos se arrodillaron llenos de gravedad. La plegaria empezó en voz alta y por vez primera aquella gente pareció acordarse del objeto de la reunión.

Figúrese el lector á aquellos convidados con los ojos ya turbios por la embriaguez, y á aquellas mujeres casi desnudas en torno del cadáver, y en medio de una atmósfera asfixiante en que se mezclan los

miasmas pútridos con los vapores del alcohol, y considere el cuadro que me vería obligado á presenciar.

Terminadas las plegarias volvieron á empezar los juegos, aunque con menos ardor. En todas las juergas nocturnas hay un momento de fatiga en que el placer lucha con el sueño; pero pasado ese momento, el placer se hace más bullicioso, y se convierte en una especie de delirio: es la hora de la orgía, é iba á llegar.

Había vuelto á ocupar mi puesto en el hueco de la ventana, y para libramme del sueño á la vez que del aire mefítico de la sala abrí un poco los postigos. Trataba de adivinar por las estrellas que hora sería y á la vez procuraba orientarme respecto al laberinto de calles que había recorrido. Pero además de no ser la noche bastante serena era muy escaso el trozo de cielo que podía descubrir por encima de las casas vecinas. En vano consulté á mi memoria: nada me recordaba en Méjico el canal de aguas cobrizas sobre el cual daban unas calles sombrías y desiertas.

Me hallaba desorientado por completo. ¿Debía permanecer por más tiempo entre aquella asquerosa bacanal, ó debía desafiar los peligros de cruzar las calles de aquel arrabal apartado?

Murmullos confusos y ruido de pasos en la calle vinieron á sacarme de mi meditación, y me coloqué detrás de la ventana de modo que, sin ser visto, pudiese ver y oír. Pronto aparecieron cinco ó seis hombres por una de las calles que daban frente á la casa. Era una ronda y llevaban sus sables desnudos.

La esclavina del que iba delante me revelaba á un alcalde de barrio, de esos que á la vez suelen ser taberneros, y que alternativamente albergan en sus establecimientos á los malhechores ó los persiguen.

—¡Voto á brios! dijo, ¿qué se propone el gobernador con enviarnos á rondar por unos barrios como éste? El debía venir.

—Sí, pero ya tendría buen cuidado de traer las armas de fuego, que á nosotros nos niegan, como si los criminales no fuesen mucho mejor armados. Esto quizás lo sepa á su costa la persona á quien se nos ha mandado proteger.

—Cuando uno sabe que se expone á ser asesinado por la noche debe quedarse en casa.

—¿Qué hora será?

—Las cuatro. Envidio la suerte de los que pasan la noche tan alegremente en esa casa.

Mientras hablaban así los de la ronda seguían andando á lo largo del parapeto del canal. De pronto, el que iba delante tropezó, detuviéronse todos y del suelo se alzó bruscamente un hombre.

—¿Quién eres? preguntó el alcalde con voz que trató de hacer imponente.

—¿Qué os importa? respondió aquél, plantándose ante ellos. ¿No se puede dormir en las calles de la ciudad sin sufrir un interrogatorio?

—Se duerme en casa... si es posible, murmuró la autoridad.

El hombre lanzó un silbido y, empujando al alcalde, echó á correr por la calle contigua.

Con gran sorpresa mía el alcalde y los celadores, cual si temiesen caer en algún lazo, en vez de seguirle, se fueron en dirección opuesta.

Casi al mismo tiempo sentí una mano sobre mi hombro, y me volví sobresaltado. Era Perico, á quien acompañaba el dueño de la casa.

—Ese silbido tiene todas las apariencias de un aviso de mi compadre Navaja, ocupado en alguna expedición, dijo Zaragata, asomándose á la ventana, mientras su compañero, dando traspiés y con los ojos medio cerrados, me presentaba un vaso lleno de un licor que su mano temblorosa hacía derramar.

—Caballero, me dijo, sospecho que desprecia usted la sociedad de unas gentes pobres como nosotros,

puesto que ni juega, ni bebe, y sin embargo, en ciertos casos el juego y el vino son un gran recurso. Ya ve V.: para obsequiar á los amigos he comido y bebido lo que tenía y lo que no tenía. A pesar de eso estoy contento, y si V. quiere le juego el cadaver de mi hijo. Es una puesta tan buena como otra cualquiera, pues puedo alquilarlo todavía, y á buen precio, á algún aficionado á los velorios.

—Jugar el cuerpo de su hijo!...

—¿Por qué no? Es cosa corriente. No á todos les toca la dicha de contar con un angel allá arriba, y el cuerpo de ese querido inocente es una prenda de ventura aquí abajo.

Hice cuanto pude por librarme de las proposiciones de un padre como aquel y dirigí la vista á la calle. Las cercanías del canal habían vuelto á quedar desiertas y silenciosas. Pero pronto llegaron rumores vagos de uno de los callejones que desembocaban en el canal; enseguida sentí crujir la arena bajo pasos cautelosos.

Con el cuerpo inclinado fuera de la ventana aguardaba el instante en que sin duda á aquel rumor se uniría un grito de muerte. Pero el redoblado estrépito de la orgía me hizo volver la cabeza. Perico, rodeado de un grupo amenazador de jugadores á quienes infundiera sospechas la porfiada suerte del lepero, procuraba imponérseles embozándose altivamente en los girones de su capa. Todos le dirigían los epítetos más injuriosos, y á manotazos aumentaban el destrozo de la capa.

—¡Soy hombre de bien! clamaba él, tan cierto como que vuestras maneras descorteses me desgraciarán para siempre una de las mejores capas que poseo.

—¡Ladrón desvergonzado! tu capa tiene tantos agujeros como tu conciencia, decía un jugador.

—Si estuviese en otra parte pediría cuenta de esa

doble injuria, respondió Perico, tratando de ganar la puerta; y dirigiéndose á mí añadió:—Responda usted de mí, caballero, como yo respondí de V.: la mitad de mi ganancia le pertenece á V., y es legal: todo eso no es más que una calumnia.

Maldecía por centésima vez mis relaciones con Zaragata cuando un acontecimiento más grave vino por suerte á interrumpir la escena en que corría peligro de verme mezclado: de una de las habitaciones interiores de la casa salió precipitadamente un hombre; detrás de él corría otro, navaja en mano, seguido por una mujer desmelenada, que daba gritos penitentes.

—¿Me dejareis asesinar de este modo? clamaba suplicante el perseguido; ¿ninguno me prestará un cuchillo?

—¡Dejadme que le parta el corazón á ese ladrón de honras! gritaba el otro.

Las mujeres, sin duda por espíritu de cuerpo, se pusieron á chillar todas á la vez, metiéndose entre los dos, mientras que uno de los amigos del perseguido le ponía una larga navaja en la mano. Rehecho entonces se lanzó con intrepidez contra su adversario. Los chillidos de ellas aumentaron y hubo un momento de infernal confusión.

Los dos hacían los mayores esfuerzos para encontrarse desembarazándose de los grupos que los separaban, cuando la mesa que sostenía el cadaver vino al suelo con estrépito. El cuerpo cayó produciendo un ruido sordo, y quedando esparcidas por el pavimento las flores que lo cubrían.

Formóse un ancho círculo en torno del cadaver profanado: un grito penetrante dominó el tumulto, y la madre se precipitó desolada sobre los restos de su hijo.

Había visto ya demasiado. Volví á la ventana y ví salir á un hombre corriendo de una de las calle-

ñuelas que desembocaban á la orilla opuesta del canal. Detrás de él corrían otros, blandiendo armas. Aquél Navaja, en quien Perico reconociera á uno de sus camaradas, debió haber reunido su gente, y me tocaba sin duda presenciarse un crimen sin poder evitarlo, uno de esos golpes que constituyen la gloria de ciertos leperos.

El hombre perseguido alcanzó el parapeto del canal y apoyándose allí le oí exclamar:

—¡Atras, cobardes, que os reunís cinco contra uno!

—¡Ánimo, muchachos! gritó por su parte el que parecía jefe de aquellos. Se trata de ganar cien pesos.

No puedo referir lo que pasó después. Solo algunos instantes duró la desigual lucha. Un grito feroz me anunció el fácil triunfo de los asesinos. Sin embargo, el infeliz, tan vilmente atacado, aun vivía: arrastrándose hasta el puente blandía un trozo de arma blanca, haciendo frente todavía á los cinco. Fué el último esfuerzo. Cercado de nuevo por aquellos miserables cayó para no levantarse más.

Al pálido fulgor de la lámpara que ardía delante del retablo de las ánimas, ví á los cinco hombres levantar un cuerpo ensangrentado y lanzarlo al canal. Un momento después los asesinos habían desaparecido, con tanta rapidez que hube de preguntarme si todo aquello no había sido más que un sueño. Un nuevo incidente vino á mostrarme que estaba perfectamente despierto: de la casa á donde me condujera un encadenamiento fatal de circunstancias acababa de salir un hombre á caballo. En aquel hombre reconocí á Perico, y en el caballo al mío.

—¡Eh! granuja, exclamé, esto pasa de castaño oscuro. ¿Me robas el caballo?

—Caballero, respondió imperturbable, me llevo una de las pruebas que más podrían perjudicar á V.

Esta fué la despedida del lepero, y desapareció al galope.

Sin decir una palabra á nadie lancéme en su persecución, más era demasiado tarde, y un empeño imposible por de pronto el de dar con él.

Tome á la ventura por una calle y anduve errante: largo rato antes de hallar un barrio conocido. Rayaba el día cuando empecé á orientarme. La noche me había dado consejo y resolví presentarme á declarar la desgracia que había causado la tarde anterior. Fui en busca del juez, que debía estar en la Audiencia, pero no encontrándole me aguardé en el vestíbulo.

El cansancio y el sueño triunfaron de mis preocupaciones y me quedé dormido en un banco. Las extrañas escenas que había presenciado aquella noche me produjeron un sueño agitado; parecióme oír ruido cerca de mí y enseguida volvió á quedar todo en silencio. Abrí los ojos y me creí todavía presa de la pesadilla que me había asaltado: á mis pies había una camilla cubierta con una sábana ensangrentada, y por mi imaginación cruzó el siguiente pensamiento: querrían hacerme reconocer el cadáver del infeliz sereno, cuya muerte había causado involuntariamente.

Revistiéndome de valor levanté una punta de la cubierta mortuoria. ¡Era el joven que la tarde anterior había visto arrodillado ante el depósito de los muertos!

No me cabía la menor duda: su rostro pálido y hermoso y la larga y delgada cicatriz de su frente habían dejado en mi memoria un recuerdo indeleble. El limo verdoso que manchaba su traje me revelaba el teatro del crimen.

Aquel era el hombre á quien había visto morir con tanto valor y que sería tan tiernamente llorado.

Con el corazón lleno de amargura dejé caer la punta de la sábana sobre el cadáver.

Voy á terminar esta relación.

Habrían transcurrido unos veinte días sin que este deplorable suceso que yo causara hubiese tenido con-

secuencias; solo me quedaba de mis aventuras nocturnas un horror invencible hacia los leperos, cuando recibí la orden de presentarme á un alcalde que no conocía. En su despacho me aguardaba un hombre de unos cuarenta años, y para mí tan desconocido como el alcalde.

—Caballero, me dijo ese hombre, soy el sereno á quien su señoría casi mató días pasados, y como este accidente me inhabilitó para trabajar unos quince días, amen del gasto que me causó para reponerme, no tomará á mal su señoría que le pida una indemnización.

—No por cierto, contesté satisfecho de ver que no tenía que echarme en cara la muerte de nadie. ¿Cuánto pide V?

—Doscientos pesos, señor.

Confieso que esta cantidad exorbitante cambió mi satisfacción en cólera, y allá en mi interior envié al sereno á todos los diablos. Sin embargo, no tardé en avergonzarme de abrigar tan pocos caritativos sentimientos. Habiéndome aconsejado el alcalde que transigiese, después de una breve discusión el sereno se contentó con la cuarta parte de la suma pedida.

Bien mirado, si pagaba algo caros mis estudios acerca de los leperos, también constituían una lección muy saludable.

El ingenioso Perico había tenido que devolverme el caballo, y desapareció de Méjico, temiendo sin duda que se cumpliera mi amenaza de hacerle ahorcar.

